

Axiomático. Relato Eugene.

EUGENE.
Greg Egan.

Traducción: Pedro Jorge Romero.

– Se lo garantizo. *Haré que su hijo sea un genio.*

Sam Cook (MB BS MD FRACP PhD MBA) desplazó su mirada de suprema confianza desde Angela hasta Bill y luego a la inversa, como desafiándoles a contradecirle.

Al fin Angela se aclaró la garganta y dijo:

– ¿Cómo?

Cook metió la mano en un cajón y sacó una pequeña sección de un cerebro humano, encajado entre dos placas de plástico.

– ¿Saben de quién era? Les doy tres oportunidades.

De pronto Bill se sintió bastante mareado. No le hacían falta tres oportunidades, pero aún así mantuvo la boca cerrada. Angela agitó la cabeza y dijo con impaciencia:

– No tengo ni idea.

– Pues de *la mejor mente científica* del siglo veinte.

Bill se inclinó hacia adelante, horrorizado pero fascinado:

– ¿C—c— cómo consi...?

– ¿Cómo lo conseguí? Bien, el tipo emprendedor que se encargó de la autopsia, allá en el año mil novecientos cincuenta y cinco, se quedó con el cerebro de recuerdo antes de la cremación. Naturalmente, recibió un bombardeo de peticiones de grupos diversos, solicitándole un trozo para su estudio, así que a lo largo de los años lo fueron subdividiendo y esparciendo por el mundo. En cierto momento, se perdió el registro que indicaba quién tenía qué, así que en su mayoría a todos los efectos se desvaneció, pero hace unos años algunas muestras aparecieron en una subasta de Houston... junto con tres caderas de Elvis; me parece que alguien estaba liquidando su colección. Como es natural, en Potencial Humano hicimos una oferta por una rodaja de la corteza. Medio millón de dólares americanos, no recuerdo cuánto costó por gramo, pero valió la pena hasta el último centavo. Porque conocemos el secreto. *Células gliales.*

– ¿G...g...g...g...?

– Ofrecen una especie de matriz estructural en la que se encajan las neuronas. También realizan algunas funciones activas que todavía no se comprenden por completo, pero se *sabe* que cuantas más células gliales hay por neuronas, más conexiones hay *entre* neuronas. Cuantas más conexiones hay entre neuronas, más potente y complejo es el cerebro. ¿Me siguen hasta ahora? Bien, *este* tejido —levantó la muestra— posee casi un *treinta por ciento más* de células gliales de las que encontrarían en el cerebro del cretino medio.

De pronto, el tic facial de Bill se descontroló, y se giró, emitiendo débiles sonidos que indicaban inquietud. Angela levantó la vista para mirar la fila de títulos enmarcados que recorría la pared, y se dio cuenta de que varios pertenecían a una universidad privada de la Costa Dorada australiana que había quebrado hacía una década.

Seguía sintiéndose un poco incómoda ante la idea de poner el futuro de su hijo en las manos de este hombre. La visita guiada al cuartel general en Melbourne de Potencial Humano había sido impresionante; desde el banco de esperma hasta la sala de partos, el hardware aparecía reluciente, y seguro que alguien encargado de tantos millones de dólares en superordenadores, equipos de cristalografía de rayos X, espectrómetros de masa, microscopios

Axiomático. Relato Eugene.

electrónicos y demás, *debía* tener claro lo que estaba haciendo. Pero sus dudas habían comenzado cuando Cook les había mostrado su proyecto personal: tres jóvenes delfines cuyo ADN contenía injertos de genes humanos (“Nos comimos los fallos”, les habían confiado, con un suspiro de deleite gustativo). El fin había sido alterar la fisiología cerebral de tal forma que pudiesen dominar el lenguaje humano y “las formas de pensamiento humanas”, y aunque, hablando estrictamente, el fin se había logrado, Cook no había sido capaz de explicarles *por qué* las criaturas sólo eran capaces de hablar en verso.

Angela contempló con escepticismo la loncha gris.

– ¿Cómo puede estar tan seguro de que es así de simple?

– Evidentemente, hemos hecho *experimentos*. Localizamos el gen que codifica un factor de crecimiento que determina la tasa de células gliales y neuronas. Podemos controlar en qué medida se activa este gen y de esa forma qué cantidad de factor de crecimiento se sintetiza, y de ahí la tasa final. Hasta ahora, hemos intentado reducirlo en un cinco por ciento, y de medida, eso provoca un descenso del CI de veinte puntos. Por tanto, empleando una simple extrapolación lineal, si lo *augmentamos* en un doscientos por ciento...

Angela frunció el ceño.

– ¿Intencionadamente produjeron niños con inteligencia reducida?

– *Tranquila*. Sus padres querían atletas olímpicos. Esos chicos no echarán de menos veinte puntos... es más, probablemente les ayude a soportar el entrenamiento. Además, nos gusta mantener el equilibrio. Damos con una mano y tomamos con la otra. Es justo. Y nuestro sistema experto en bioética dijo que no había ningún problema.

– ¿Qué van a *quitarle* a Eugene?

Cook adoptó una expresión dolida. Lo hizo bien; sus enormes ojos castaños, tanto como su éxito profesional, habían puesto su rostro en las portadas de una docena de revistas.

– *Angela*. Su caso es especial. Por usted, y por Bill... y por Eugene... voy a romper *todas* las reglas.

Cuando Bill Cooper tenía diez años, ahorró su paga durante todo un mes y se compró un billete de lotería. El primer premio eran cincuenta mil dólares. Cuando su madre lo descubrió - no importaba lo que hiciese, su madre siempre lo descubriría- le preguntó con calma:

– ¿Sabes qué es el juego? Es como un impuesto: un impuesto sobre la estupidez. Un impuesto sobre la codicia. Algo de dinero cambia aleatoriamente de manos, pero el flujo neto siempre sigue el mismo sentido... hacia el gobierno, hacia los dueños del casino, hacia los corredores de apuestas, hacia las mafias. Si ganas alguna vez, no habrás ganado contra *ellos*. Ellos seguirán recibiendo su parte. Habrás ganado contra todos los perdedores sin un chavo, eso es todo.

La odió. No le había quitado el billete, no le había castigado, ni siquiera le había prohibido hacerlo otra vez, se había limitado a manifestar su opinión. El problema era que, como un niño normal de diez años, él no comprendía la mitad de las frases que había empleado, y no podía ni siquiera valorar sus argumentos, y menos aún refutarlos. Hablándole de esa forma, ella bien podría haber proclamado con la voz de la autoridad: *eres estúpido, codicioso y malo*, y casi le hacía llorar que hubiese logrado ese efecto mientras permanecía tranquila y razonable.

No ganó ni un céntimo con el billete, y no compró otro. Para cuando se fue de casa, ocho años más tarde, y encontró empleo como operario de introducción de datos en el departamento de seguridad social, las loterías gubernamentales habían quedado superadas por otro mecanismo, según el cual los participantes marcaban números en un cupón con la esperanza de que los suyos fuesen iguales a los números en forma de bolas que escupía una máquina.

Axiomático. Relato Eugene.

Bill reconoció el cambio como una estratagema cínica, diseñada para dar a entender, *sotto voce*, a un público estadísticamente ignorante que ahora tenía la oportunidad de emplear “habilidad” y “estrategia” para incrementar las posibilidades de ganar. Ya no tenían que ceñirse a los números inmutables de un billete de lotería; ¡tenían la libertad de marcar las casillas como les resultase más conveniente! La ilusión de tener *control* atraería a más jugadores, y por tanto más beneficios. Y era una putada.

Los anuncios televisivos para el sorteo eran lo más grosero y emético que hubiese visto nunca, con imbéciles sonriendo que sufrían ataques de euforia poco creíbles mientras les llovía el dinero encima, las animadoras agitaban pompones y efectos especiales horteras iluminaban la pantalla. Imágenes de yates, champaña y limusinas con chófer aparecían entre los cortes. Le daban arcadas.

Aún así, había una tercera opción. Los anuncios radiofónicos eran menos estúpidos, ofreciendo atractivos escenarios de venganza para los millonarios instantáneos: Desahucia a tu casero. Recorta el sueldo a tu jefe. Compra el club nocturno que te negó la entrada. Las llamadas a la estupidez y a la codicia habían fallado, pero la tercera posibilidad tocaba nervio. Bill *sabía* que le estaban manipulando, pero no podía negar que la idea de pasar los próximos cuarenta años tecleando basura en una VDU (o hacer lo que fuese que la tecnología cambiante exigiese a los mueve-mierdas, siempre dando por supuesto que no le convirtiese en obsoleto) y emplear la mayor parte de su salario para pagar el alquiler, sin ni siquiera tener una posibilidad infinitesimal de escapar, era insoportable.

Por tanto, a pesar de todo, cedió. Cada semana, rellenaba un cupón y pagaba el impuesto. No era un impuesto sobre la estupidez o la codicia, decidió. Era un impuesto sobre la esperanza.

Angela operaba una caja de supermercado, indicándoles a los clientes dónde colocar sus tarjetas de fondos electrónicos, y ajustando la orientación de latas y paquetes si el escáner no podía localizar el código de barras (Hitachi fabricaba dispositivos que podían hacerlo, pero el departamento de defensa de Estados Unidos los compraba todos en secreto, con la esperanza de evitar que alguien consiguiese el software de reconocimiento de patrones que contenían). Bill siempre llevaba la compra a su caja, por larga que fuese la cola, y un día logró superar su timidez patológica durante el tiempo justo para pedirle una cita.

A Angela no le importaba la tartamudez, o cualquiera de sus otros problemas. Vale, era un tullido emocional, pero era pasablemente guapo, superficialmente amable, y demasiado introvertido para ser violento o exigente. Pronto se veían regularmente, para entregarse a actos desordenados pero ligeramente agradables, diseñados para que fuese improbable que entre ellos se transmitiese material genético humano o vírico.

Sin embargo, el látex no pudo evitar que su intimidad sexual plantase sus garras en otras partes de sus cerebros. Ninguno de los dos había iniciado la relación con la esperanza de que durase, pero al pasar los meses y al ver que nada los apartaba, no sólo no se redujo el deseo que sentía uno por el otro, sino que se acostumbraron -incluso se *encariñaron*- de aspectos más amplios de la apariencia y el comportamiento del otro.

Es difícil determinar si ese efecto de emparejamiento fue puramente aleatorio, podía reducirse a experiencia formativa, o en el fondo reflejaba una ventaja pasada en la conjunción de algunos de sus genes expresados visiblemente. Quizá los tres factores contribuyesen en distinto grado. En cualquier caso, el nudo de su interdependencia creció, hasta que el matrimonio comenzó a parecer mucho más simple que la separación, y, una vez aceptado, casi tan natural como la pubertad o la muerte. Pero si los retoños de los Bill y Angela del pasado *habían* vivido vidas largas y se habían reproducido, el tema ahora parecía puramente teórico; los ingresos combinados de la pareja flotaban por encima del nivel de pobreza y los niños quedaban descartados.

Axiomático. Relato Eugene.

Con el paso de los años, y el avance de la revolución de la información, sus trabajos originales se evaporaron, pero los dos consiguieron de alguna forma seguir empleados. A Bill lo reemplazó un lector óptico de caracteres, pero lo ascendieron a operador de ordenador, lo que significaba que estaba encargado de cambiar el cartucho de las impresoras láser y sacar el papel atascado. Angela se convirtió en supervisora, lo que la convertía en detective de la tienda; robar era imposible (ahora los supermercados estaban llenos de máquinas expendedoras que funcionaban con tarjetas) pero su presencia pretendía desanimar a los vándalos y a los atracadores (un guardia de seguridad de verdad hubiese sido más caro), y ayudaba a los clientes que no podían deducir qué botón pulsar.

En contraste, su primer contacto con la revolución biotecnológica fue voluntario y beneficioso. Nacidos con piel rosada -y a menudo más rosas que marrones por efecto de la luz solar- los dos adquirieron una piel profundamente oscura y ligeramente púrpura; un retrovirus artificial insertó genes en sus melanocitos para incrementar la tasa de síntesis y transferencia de melanina. El tratamiento, aunque de moda, tenía un valor muy superior al cosmético; como el agujero de la capa de ozono en el polo sur había crecido para cubrir la mayor parte del continente, la tasa de cáncer de piel de Australia, que ya era la más alta del mundo, se había cuadruplicado. Los protectores solares químicos eran molestos e ineficaces, y el uso regular tenía indeseables efectos secundarios a largo plazo. Nadie quería cubrirse por completo desde las muñecas hasta los tobillos durante todo el año en un clima que era cálido y cada vez se hacía más cálido, y en cualquier caso, hubiese sido inaceptable culturalmente regresar a códigos de vestimenta casi victorianos después de dos generaciones de revelación máxima de la piel. El pequeño cambio estético, partiendo de valorar el bronceado más profundo posible a aceptar que la gente que nacía con piel clara se pudiese convertir en negra, era una solución mucho más simple.

Evidentemente, hubo controversia. Grupos paranoicos de extrema derecha (que durante décadas habían afirmado que su racismo se sustentaba "lógicamente" en xenofobia cultural y no en algo tan trivial como el color de la piel) se desgañitaron hablando de conspiraciones y llamaron al virus (no transmisible) "La Plaga Negra". Algunos políticos y periodistas intentaron encontrar la forma de explotar la incomodidad de la gente sin parecer completamente estúpidos, pero fracasaron, y finalmente se callaron la boca. Los neonegros empezaron a aparecer en las portadas de las revistas, en los culebrones, en los anuncios (una fuente de diversión amarga para los aborígenes, que seguían siendo totalmente invisibles en esos lugares), y la tendencia se aceleró. Los que pedían una prohibición no tenían ninguna base racional: no se obligaba a nadie a ser negro -incluso había un virus que desactivaba los genes, para la gente que cambiaba de parecer- y el país se ahorra una fortuna en tratamientos médicos.

Un día, Bill se presentó en el supermercado a media mañana. Estaba tan nervioso que Angela estuvo segura de que le habían despedido, o que se había muerto uno de sus padres, o que le habían dicho que padecía una enfermedad fatal.

Él había escogido las palabras por adelantado, y las soltó casi sin vacilar.

— Anoche olvidamos ver el sorteo — dijo —. Hemos ganado cuarenta y siete m...m...m...

Angela fichó para irse del trabajo.

Se dedicaron a la obligatoria vuelta al mundo mientras les construían una casa modesta. Después de entregar algunos cientos de miles a amigos y parientes -los padres de Bill se negaron a aceptar ni un céntimo, pero sus hermanos y la familia de Angela no tenían esos reparos- todavía les quedaban unos cuarenta y cinco millones. Comprar todos los productos de consumo que realmente deseaban no haría ninguna mella en la cifra, y ninguno de los dos tenía demasiado interés en Rolls Royces recubiertos de oro, aviones privados, Van Goghs, o diamantes. Podrían haber vivido lujosamente con las ganancias de diez millones empleados en

Axiomático. Relato Eugene.

las inversiones más seguras, y fue más la indecisión que la codicia lo que evitó que donasen la diferencia a una causa que valiese la pena.

Había tanto por hacer en un mundo destrozado por desastres políticos, ecológicos y climáticos. ¿Qué proyecto necesitaba más ayuda? ¿El plan hidroeléctrico del Himalaya, que podría evitar que Bangladesh se ahogase en las llanuras de sus ríos desbordados por el efecto invernadero? ¿Investigación para obtener cultivos más resistentes para las tierras pobres del norte de África? ¿Recomprar una parte de Brasil a las multinacionales agrícolas, de forma que se pudiese cultivar comida, en lugar de importarla, y reducir así la deuda externa? ¿Luchar contra la terrible mortalidad infantil entre los habitantes originales de su propio país? Treinta y cinco millones ayudarían considerablemente a cualquiera de esas causas, pero a Bill y Angela les preocupaba tanto tomar la decisión correcta que la aplazaron, mes tras mes, año tras año.

Mientras tanto, liberados de problemas financieros, comenzaron a intentar tener un hijo. Después de dos años sin éxito, recurrieron finalmente a la ayuda médica, y les dijeron que Angela producía anticuerpos contra el semen de Bill. No era un gran problema; ninguno de los dos era intrínsecamente infértil, los dos podían usar sus gametos en un tratamiento in vitro, y Angela podría tener el hijo. La única cuestión era, ¿quién se encargaría del procedimiento? La única respuesta posible era, el mejor especialista reproductivo que se pudiese contratar con dinero.

Sam Cook era el mejor, o al menos, el más conocido. Durante los últimos veinte años había conseguido que mujeres en relaciones infértiles diesen a luz hasta a siete niños de una tacada, muchos después de que la transferencia de múltiples embriones dejase de ser necesaria para garantizar el éxito (la prensa no pagaba por los derechos exclusivos de ningún nacimiento múltiple por debajo de quintuples). También tenía una reputación de control de calidad inigualada por ninguno de sus colegas; después de un periodo en Tokio en el Proyecto Genoma Humano, estaba tan familiarizado con la biología molecular como lo estaba con la ginecología, la obstetricia y la embriología.

Fue el control de calidad lo que complicó los planes de la pareja. Para obtener la licencia de matrimonio, habían enviado su sangre a un patólogo normal, que sólo la había analizado en busca de situaciones tan extremas como distrofia muscular, fibrosis quística, la enfermedad de Huntington y demás. Potencial Humano, que tenía a su disposición los aparatos más modernos, podía ser mil veces más precisa. Resultó que Bill portaba un gen que podía hacer que el niño fuese susceptible a la depresión clínica, y Angela tenía genes que podrían hacerlo hiperactivo.

Cook detalló las opciones.

Una solución sería emplear lo que ahora llamaban MGT: material genético de terceros. Tampoco había que conformarse con la normalidad; Potencial Humano poseía semen de premios Nóbel a paletadas, y aunque no disponía de óvulos equivalentes -ya que la recolección es mucho más difícil y la mayoría de las ganadoras del premio Nobel ya habían alcanzado los sesenta años- sí poseía muestras sanguíneas, de las que podían extraer cromosomas, convertir artificialmente diploide en haploide, e insertarlos en un óvulo de Angela.

Alternativamente -aunque con un coste algo mayor- podían usar sus propios gametos y emplear terapia génica para corregir los problemas.

Lo hablaron durante un par de semanas. La situación legal de los niños producidos por MGT era un embrollo -y un embrollo ligeramente diferente en cada estado de Australia, por no hablar de un país a otro- y evidentemente, los dos querían, si era posible, un niño que fuese biológicamente suyo.

Durante la siguiente cita, mientras explicaban sus razones, Angela también reveló la magnitud de su fortuna, para que Cook no se sintiese obligado a recortar posibilidad por

Axiomático. Relato Eugene.

economía. Habían evitado que sus ganancias se convirtiesen en dominio público, pero no parecía adecuado tener secretos con el hombre que iba a causar el milagro.

Cook pareció tomarse la revelación con naturalidad, y les felicitó por su sabia decisión. Pero añadió, disculpándose, que en su ignorancia del tamaño de sus recursos, probablemente le había dado una impresión limitada de lo que podía ofrecerles.

Ya que habían escogido la terapia génica, ¿por qué hacerlo a medias? ¿Por qué rescatar al niño de la enfermedad simplemente para maldecirle con mediocridad... cuando era posible *tanto*? Con su dinero, y las instalaciones y habilidades de Potencial Humano, se podía crear un niño realmente *extraordinario*: inteligente, creativo, carismático; todos los genes relevantes se conocían más o menos, y una inyección adecuada de fondos de investigación -digamos, veinte o treinta millones- resolvería con rapidez todos los cabos sueltos.

Angela y Bill intercambiaron miradas de incredulidad. Treinta segundos antes, habían estado hablando de un bebé normal y sano. Este intento de sacarles los cuartos era tan transparente que apenas podían creerlo.

Cook siguió hablando, aparentemente sin darse cuenta. Naturalmente, tal donación se reconocería cambiando el nombre al laboratorio L. K. Robinson/Margaret Lee/Duneside Rotary Club del edificio, a laboratorio Angela y Bill Cooper/L. K. Robinson/Margaret Lee/Duneside Rotary Club, y un contrato garantizaría que su filantropía se mencionase en todos los artículos científicos y notas de prensa que resultasen de la investigación.

Angela se puso a toser para evitar reír. Bill miró a un punto de la alfombra y se mordió el interior de las mejillas. Para los dos la idea de unirse a las filas de los vividores más odiosos y pagados de sí mismos de la ciudad era tan atractiva como comer sus propios excrementos.

Sin embargo, había una tercera razón.

—El mundo —dijo Cook, de pronto serio y meditabundo— está hecho un desastre —la pareja asintió en silencio, conteniendo todavía las risas... estando totalmente de acuerdo, pero preguntándose si a continuación iba a decirles que no se molestasen en tener hijos—. Todos los ecosistemas del planeta sobre los que no han edificado están muriendo por la contaminación. El clima cambia más rápido de lo que nosotros podemos modificar nuestras infraestructuras. Las especies desaparecen. La gente se muere de hambre. Durante los últimos diez años han fallecido más personas a causa de la guerra que durante todo el *siglo* pasado —volvieron a asentir, ahora sombríos, aunque todavía aturcidos por el súbito cambio de tema.

>>Los científicos hacen lo que pueden, pero no *es suficiente*. Lo mismo vale para los políticos. Lo que es triste, pero en nada sorprendente: esa gente sólo está una generación por delante de los idiotas que nos metieron en este lío. ¿De qué hijo podría esperarse que evitase, que deshiciera, que *transcendiese* por completo, los errores de sus padres?

Hizo una pausa, y luego de pronto mostró una sonrisa deslumbrante, casi beatífica.

—¿De qué hijo? De uno muy especial. *De su hijo*.

A finales del siglo veinte, los opositores a la eugenesia molecular se habían ceñido casi exclusivamente a señalar las similitudes entre las tendencias actuales y las obscenidades del pasado: pseudociencias del siglo diecinueve, como la frenología o la fisiognomía, inventadas para apoyar ideas preconcebidas sobre diferencias raciales y de clase; la ideología nazi sobre la inferioridad racial, que había conducido directamente al Holocausto; y el determinismo biológico radical, un movimiento en general limitado a las páginas de las revistas académicas, pero infame precisamente por sus intentos de convertir el racismo en una posición respetable científicamente.

Pero con el paso de los años, la mácula racista fue perdiendo terreno. La ingeniería genética produjo gran cantidad de nuevas medicinas y vacunas beneficiosas, así como terapias -y en ocasiones curas- para docenas de enfermedades genéticas que antes habían sido

Axiomático. Relato Eugene.

debilitantes y a menudo fatales. Era absurdo afirmar que los biólogos moleculares (como si todos pensasen lo mismo) tuviesen la intención de crear un mundo de superhombres arios (como si ése, y sólo ése, fuese el único abuso concebible). Los que habían recurrido a terrores del pasado se quedaron sin munición.

Para cuando Angela y Bill consideraban la propuesta de Cook, la retórica habitual era casi la inversa de la de una década atrás. Los practicantes de la eugenesia moderna la consideraban una fuerza *opuesta* a los mitos racistas. Lo importante eran las características individuales, que debían valorarse “objetivamente” según sus propios méritos, y la conjunción histórica de características que en su momento se habían considerado “características raciales” tenía tanto interés para un eugenista moderno como los límites nacionales para un geólogo. ¿Quién podía oponerse a reducir la incidencia de terribles enfermedades genéticas? ¿Quién podía oponerse a reducir la susceptibilidad de la siguiente generación a la arteriosclerosis, el cáncer de mama y el derrame cerebral, e incrementar su capacidad de tolerar la radiación ultravioleta, la contaminación y el estrés? Por no mencionar la radiación tras una guerra nuclear.

En cuanto a producir niños tan inteligentes que pudiesen resolver los problemas ambientales, políticos y sociales del mundo... quizá esperanzas tan grandes no llegasen a cumplirse, pero ¿qué tenía de malo *intentarlo*?

Y sin embargo, Angela y Bill no se decidían, e incluso se sentían vagamente culpables ante la idea de aceptar la propuesta de Cook, sin saber bien por qué. Sí, la eugenesia era sólo para los ricos, pero lo mismo había pasado durante siglos con los tratamientos médicos más avanzados. Ninguno de los dos se hubiese negado a recibir los procedimientos médicos o las medicinas más avanzadas simplemente porque la mayor parte de la población del mundo no podía permitírselo. Su mecenazgo, razonaron, ayudaría en el largo y lento proceso que conduciría a la extensión de la terapia genética a los hijos de *todos*. Bien... al menos a todos los miembros de las clases medias-altas de los países más ricos del mundo.

Regresaron a Potencial Humano. Cook les dio el paseo de los VIPs, mostrándoles los delfines parlantes y la muestra de corteza, y aún así seguían sin estar convencidos. Así que él les dio un cuestionario para que lo rellenasen, una especificación del hijo que deseaban; puede que eso, sugirió, hiciese que la cuestión fuese algo más tangible.

Cook miró el formulario y frunció el ceño.

—No han respondido a todas las preguntas.

Bill dijo:

—No... quer...quer...

Angela le hizo callar.

—Queremos dejar algunos aspectos al azar. ¿Es un problema?

Cook se encogió de hombros.

—Técnicamente no lo es. Simplemente es una pena. Algunas de las características que han dejado en blanco podrían tener gran importancia a lo largo de la vida de Eugene.

—Por eso precisamente las hemos dejado en blanco. No queremos especificar hasta el último detalle, no queremos dejarle sin espacio...

Cook negó con la cabeza.

—¡Angela, Angela! Lo está considerando mal. Al negarse a tomar una decisión, no le está dando libertad personal a Eugene... ¡se la está negando! Renunciar a la responsabilidad no le dará a él el poder de escoger por sí mismo estas cosas; simplemente significa que tendrá que conformarse con características que podrían no ser ideales. ¿Podemos repasar algunas de las respuestas en blanco?

—Claro.

Bill dijo:

Axiomático. Relato Eugene.

– Quizá el a...a...azar sea p...p...parte de la libertad.

Cook pasó de él.

– *Altura.* ¿De verdad no les importa? Ustedes dos están por debajo de la media, así que los dos deben ser conscientes de las desventajas. ¿No quieren algo mejor para Eugene?

>>*Constitución.* Seamos sinceros; usted pesa de más. Bill es bastante flacucho. Podemos darle a Eugene cierta ventaja hacia un cuerpo socialmente óptimo. Evidentemente, gran parte dependerá de su estilo de vida, pero podemos influir en sus hábitos dietéticos y de ejercicio más de lo que creen. Podemos hacer que aprecie o desprecie ciertas comidas, y podemos disponer una susceptibilidad máxima a los opiáceos endógenos que se producen durante el ejercicio.

>>*Longitud del pene...*

Angela frunció el ceño.

– Eso sí que es de lo más trivial...

– ¿Eso cree? Una encuesta reciente entre dos mil graduados de la escuela de negocios de Harvard demostró que la longitud del pene y el CI predecían con *igual precisión* el sueldo anual.

>>*Estructura ósea de la cara.* En los más recientes estudios de dinámica de grupos, resultó que tanto la frente *como* las mejillas eran factores importantes en la determinación de qué individuos asumirían un estatus dominante. Les daré una copia de los resultados.

>>*Preferencia sexual...*

– Él podrá...

– ¿Decidir por sí mismo? Eso es una fantasía, me temo. Las pruebas no dejan lugar a la ambigüedad: se determina en el embrión por la interacción de varios genes. Bien, no tengo nada en contra de los homosexuales, pero serlo está lejos de ser una bendición. Oh, la gente siempre puede dar una lista de famosos genios homosexuales, pero se trata de una muestra parcial; evidentemente, sólo hemos oído hablar de los éxitos.

>>*Gusto musical.* Ahora mismo, sólo podemos influir de forma muy tosca, pero no hay que subestimar las ventajas sociales...

Angela y Bill estaban sentados en el salón con la tele encendida, aunque no le prestaban mucha atención. Ahora emitían un anuncio interminable del departamento de defensa, todo música enardecedora y cazas de combate en atractivas formaciones simétricas. La legislación de privatización más reciente indicaba que cada contribuyente podía especificar la disposición precisa de sus impuestos entre los distintos departamentos gubernamentales, que a su vez tenían libertad para gastar la parte de sus ingresos que quisiesen en anuncios destinados a atraer más fondos. A Defensa le iba bien. Seguridad Social despedía a gente.

La última reunión con Cook no había conseguido despejar su sensación de incomodidad, pero sin razones sólidas para sustentar sus sentimientos, se sentían en la obligación de pasarlos por alto. Cook *poseía* razones sólidas para todo, todo según las últimas investi-gaciones; ¿cómo podían ir a verle y cancelarlo todo, sin al menos una docena de argumento impecables, cada uno sostenido por una referencia a un informe reciente en *Nature*?

Ni siquiera podían indicar ante ellos mismos la fuente de su inquietud. Quizá tuviesen miedo de la fama que Eugene les traería. Quizá ya tuviesen celos de los logros todavía desconocidos -pero inevitablemente espectaculares- de su hijo. Bill sentía la vaga sospecha de que toda la empresa era similar a retirar la alfombra bajo una parte importante de lo que significaba ser humano, pero no sabía cómo expresarlo en palabras, ni siquiera para Angela. ¿Cómo podía confesar que, personalmente, *no deseaba* saber hasta qué punto los genes determinaban el destino de un individuo? ¿Cómo podía declarar que prefería quedarse con los mitos agradables... no, mejor olvidar el eufemismo, prefería tener *mentiras* totales... a que le

Axiomático. Relato Eugene.

pasasen por los morros la terrible verdad de que un ser humano se podía fabricar por encargo, como si fuera una hamburguesa?

Cook les había asegurado que no tendrían problemas para manejar al joven genio. Él podía conseguirles una matrícula en las mejores universidades de bebés de California, donde entre prodigios Nobel x Nobel MGT, Eugene podría realizar gimnasia para bebés que estimulaba el cerebro mientras oía a Kant cantado con melodía de Beethoven, y aprender la Teoría de la Gran Unificación sublimi-nalmente mientras dormía la siesta de la tarde. Con el tiempo, evidentemente, superaría a sus compañeros genéticamente inferiores y a sus instructores simplemente brillantes, pero para entonces debería ser capaz de dirigir su propia educación.

Bill pasó un brazo sobre los hombros de Angela y se preguntó si realmente Eugene *haría* más por el mundo de lo que habrían logrado sus millones de dólares en Bangladesh, Etiopía o Alice Springs. ¿Pero podrían enfrentarse al resto de sus vidas preguntándose qué milagros hubiese podido realizar Eugene en su planeta lisiado? Eso sería insoportable. Pagarían el impuesto de la esperanza.

Angela comenzó a quitar las ropas de Bill. Él hizo lo mismo con ella. Esta noche -ambos lo sabían sin intercambiar palabra- era el momento más fértil del ciclo de Angela; a pesar de los anticuerpos, no habían abandonado la costumbre que habían adquirido durante los años que habían intentado concebir de forma natural.

La música enardecedora de la tele calló de pronto. Las escenas de material militar se convirtieron en estáticas. Un niño de ojos tristes, quizá de unos ocho años, apareció en la pantalla y dijo con calma:

–Madre. Padre. Os debo una explicación.

Tras el muchacho no había más que un cielo totalmente azul. Angela y Bill miraron en silencio a la pantalla, esperando en vano que una voz externa o unos títulos diesen contexto a la imagen. Luego los ojos del niño se fijaron en los de Angela, y ésta supo que él podía verla y supo también quién debía ser. Agarró el brazo de Bill y susurró, mareada por la conmoción, pero también eufórica:

–Es Eugene.

El niño asintió.

Durante un momento Bill sintió pánico y confusión, pero luego el orgullo paterno se apoderó de él y pudo decir:

– ¡Has inventado el v...v...viaje en el t...t...tiempo!

Eugene negó con la cabeza.

–No. Supongamos que introdujiste el perfil genético de un embrión en un ordenador, que a continuación construyó una simulación de la apariencia del organismo maduro; no hay viaje en el tiempo, y sin embargo se manifiestan aspectos de un futuro posible. En ese ejemplo, toda la maquinaria existe en el presente, pero lo mismo *puede* suceder si el equipo adecuado, equipo de una naturaleza mucho más compleja, existe en un *futuro potencial*. Podría ser útil, como formalismo matemático, fingir que ese futuro potencial posee una realidad tangible e influye en el pasado... de la misma forma que en óptica geométrica a menudo es conveniente fingir que hay objetos reales tras los espejos que los crean... pero no dejaría de ser un formalismo.

Angela dijo:

–Por tanto, ¿es debido a que *podrías* inventar tal dispositivo que podemos verte, y hablar contigo, *como* si nos hablastes desde el futuro?

–Sí.

La pareja se miró. ¡Aquí tenían el final de sus dudas! ¡Ahora podrían saber *exactamente* qué podría hacer Eugene por el mundo!

Axiomático. Relato Eugene.

—Si nos *estuvieses* hablando desde el futuro —preguntó Angela con cuidado—, ¿qué nos dirías? ¿Que has invertido el efecto invernadero? —Eugene lo negó tristemente—. ¿Que has convertido a la guerra en obsoleta? —No—. ¿Que has eliminado el hambre? —No—. ¿Que has encontrado una cura para el cáncer? —No—. Entonces, ¿qué?

—Diría que he encontrado el camino al Nirvana.

—¿A qué te refieres? ¿Inmortalidad? ¿Felicidad infinita? ¿El cielo en la Tierra?

—No. *Nirvana*. La ausencia de toda ansia.

Bill se mostró horrorizado.

—¿T...t...te refieres al g...g...genocidio? N...n...o irás a m...m...matar...

—No, padre. Eso sería fácil, pero jamás haría algo así. Cada uno debe encontrar su propio camino... y en cualquier caso, la muerte es una solución incompleta, no puede borrar lo que ya ha sido. *Nirvana es no haber sido jamás*.

—No comprendo —dijo Angela.

—Mi existencia potencial influye en algo más que este aparato de televisión. Cuando comprobéis vuestras cuentas bancarias, descubriréis que el dinero que podríais haber empleado en crearme ya no está; no os preocupéis, ha ido por completo a organizaciones caritativas que aprobáis. Los registros informáticos son *exactamente* los que debieran ser si vosotros mismos hubieseis autorizado los pagos, así que no os molestéis en disputar su autenticidad.

Angela estaba consternada.

—Pero... ¿por qué malgastar tus talentos en destruirte a ti mismo, cuando podrías haber vivido una vida feliz y productiva, y haber logrado grandes cosas para toda la especie humana?

—¿Por qué? —Eugene frunció el ceño—. No me pidáis *vosotros* que explique mis actos; sois vosotros los que me hubieseis convertido en lo que hubiese sido. Si queréis mi opinión subjetiva: personalmente no le veo ninguna gracia a la existencia cuando puedo lograr tanto sin ella... pero no lo llamaría "explicación"; es simplemente la racionalización de un proceso que se describe mejor a nivel neurológico -se encogió de hombros como disculpándose-. En realidad la pregunta carece de sentido. ¿Por qué sucede cualquier cosa? Las leyes de la física y las condiciones de contorno del espacio-tiempo. ¿Qué más puedo decir?

Se desvaneció de la pantalla. Apareció un culebrón.

Contactaron con el ordenador del banco. La experiencia no había sido una alucinación compartida; las cuentas estaban vacías.

Vendieron la casa, que era demasiado grande para ellos dos, pero tuvieron que invertir gran parte de lo ganado en comprar algo más pequeño. Angela encontró trabajo como guía. Bill consiguió trabajo en un camión de basura.

Evidentemente, las investigaciones de Cook siguieron avanzando sin ellos. Tuvo éxito en crear cuatro chimpancés que podían cantar, y comprender, country y western, por lo que ganó el premio Nóbel y un Grammy. Entró en el libro Guinness de los récords al implantar y llevar a término los primeros quintillizos in vitro de tercera generación. Pero su proyecto del superbebé, y los de otros eugenistas alrededor del mundo, parecía maldito; los patrocinadores se echaban atrás sin razón aparente, el equipo no funcionaba bien, los laboratorios se incendiaban.

Cook murió sin llegar nunca a comprender hasta qué punto había tenido éxito.